

RECUERDOS ANCESTRALES ACERCA DEL IIA

Yolanda Lastra
Lingüística, IIA, UNAM

Llevaba yo trabajando aproximadamente cinco años en la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, de la que fue director el doctor Juan Comas, cuando en 1973 se decidió que la sección estaba lista para convertirse en un instituto independiente. El doctor Comas no podía ser su director, debido a que los estatutos de la universidad establecen que los directores deben ser mexicanos por nacimiento.

Entonces se empezó a pensar en quién podría ser el director. Los investigadores en esa época, además de Comas y de los de la vieja guardia, por así decirlo, Santiago Genovés, el doctor Bosch y Noguera –este último era de medio tiempo– éramos Rendón, quien había sido contratado desde la época de Swadesh; los cinco que entramos de un solo golpe a la sección el 1 de agosto de 1968, (año nefasto para el país); es decir, Jaime Litvak, Carlos Navarrete, Fernando Horcasitas, Guillermo Bonfil y yo, y otros cuantos que entraron poco después: Luis Vargas, Noemí Quezada y Andrés Medina.

Los jóvenes de entonces cavilábamos con Comas sobre el presunto director y se decidió enviarle una carta al rector pidiéndole que nombrara a un investigador de la sección y no de fuera. De alguna manera, se propuso una terna: Litvak, Horcasitas y yo. Fernando y yo nos considerábamos “de relleno”, pero Fernando me preguntaba preocupado: ¿y qué tal si no sale Litvak y nos ponen a ti o a mí? Los dos nos reíamos y temblábamos al imaginarlo.

La noche en que la Junta de Gobierno debía tomar su decisión, el rector Soberón llamó a Jaime y Jaime nos llamó a Fernando Horcasitas y a mí, y cada uno de los dos ya pudo respirar hondo...

Jaime empezó a hacer crecer el instituto: contrató nuevos investigadores, consiguió vehículos –hasta entonces nada más había una antigua camioneta Ram, apodada “la vaca” por ser blanca, aunque no daba leche. Jaime también

consiguió fondos para la biblioteca; hizo que el personal administrativo y de intendencia creciera.

Un día nos llevó a todos los investigadores a ver al rector Soberón para presentarlo con “su nuevo instituto”.

No sé si cuando ya éramos IIA, o desde antes, decidimos autonombrarnos Comité de posgrado: Jaime por arqueología, Medina por etnología, Vargas por antropología física y yo por lingüística. Hasta entonces, don Pedro Bosch firmaba todos los papeles relacionados con el doctorado, pero nosotros quisimos formalizar la cuestión un poco más. Inventamos prerequisites y entrevistábamos a muchos presuntos doctorandos, a quienes les recomendábamos cursos y lecturas. La renuncia de Medina ocasionó que durante años estuviera vedado el ingreso de nuevos alumnos al posgrado.

En esas épocas, el instituto estaba en la Torre de Humanidades I, adjunta a la Facultad de Filosofía y Letras; éramos una especie de pegoste. Jaime consiguió que se nos asignara un nuevo edificio, que entonces nos pareció enorme y muy adecuado. Es uno de los que ahora ocupa el Centro de Estudios de Lenguas Extranjeras. En el antiguo piso, compartíamos cubículos y había un cuarto enorme en donde los arqueólogos dispersaban tepalcates en unas mesas cubiertas de papel de estraza. Ese mismo cuarto servía de cafetería y de centro de reunión informal; muy informal, porque por lo ancho de las mesas apenas si se podía pasar de ladito hasta la cafetera. En cambio, en el edificio nuevo, cada uno tenía su cubículo. En el piso de abajo había lugar con mesas grandes para cada arqueólogo. En el piso de enmedio estaba la dirección y había cubículos; arriba había un piso más.

Comas siguió dirigiendo la revista *Anales de Antropología*, y todos le seguíamos teniendo un enorme respeto. Este respeto casi rayaba en miedo, cuando Comas fijaba una fecha para la entrega de artículos para *Anales*. Recuerdo haber pasado al menos una noche en vela para cumplir con el plazo establecido.

Una mañana, por desgracia, un ayudante me pidió las llaves de mi Combi para llevar al doctor Comas al hospital. Le dije que mejor yo manejaba y fuimos él, el doctor Vargas y no sé quien más, acongojados, primero a la clínica de la universidad y después, al hospital 20 de Noviembre. Por el camino Vargas dijo:

“Ya falleció”. Sentí un horrible pesar; sin embargo, al llegar, bajaron el cuerpo, y Luis nos dijo que lo habían puesto en un resucitador, pero de nada sirvió. A poco llegó Camille, la esposa del doctor Comas y ya no había nada que hacer.

El tiempo continuó y el Instituto siguió creciendo. Horcasitas y yo trabajábamos juntos en la localización de hablantes de náhuatl en el centro de

México. Nuestro trabajo era sumamente agradable y divertido. Yo manejaba una Combi blanca del Instituto y pasaba por Fernando a su casa. Él salía con un *thermos* de café y unos pantalones color café para podérselos manchar sin que la mancha fuera tan notable.

Fernando llevaba mapas y ya había consultado el *Theatro Americano* de Villaseñor para tener una idea de lo que íbamos a encontrar. Sabía de arte y de arquitectura religiosa. Me explicaba muchas cosas que yo no entendía. Preguntaba sobre la fecha de la fiesta tradicional en cada lugar, y sabía a qué santo correspondía dicha fecha, sin necesidad de que el entrevistado se lo dijera.

Para localizar hablantes, a veces íbamos a la delegación, municipalidad, escuela o curato, de acuerdo como antes se les enseñaba a los antropólogos lo que se debía hacer, pero las más de las veces íbamos a “tienditas” que no estuvieran atendidas por niños o jóvenes, y después de comprar refrescos, empezábamos a indagar sobre la situación lingüística del lugar, y nos dábamos cuenta de si ya había desaparecido la lengua, y en ese caso cuándo, o si todavía se hablaba.

El encargado de la tienda nos señalaba el nombre de algún hablante y nos explicaba cómo dar con él. A menudo se trataba de ancianos o ancianas, pero al final lográbamos hacer la entrevista planeada.

Yo sacaba mi grabadora y mi cuaderno y recogía datos sobre el dialecto en cuestión. Fernando no escribía los cierres glotales ni la cantidad vocálica. Poco a poco se dio cuenta de su importancia y empezó a transcribirlos. Al cabo de unos años, cuando habíamos empezado a trabajar en el estado de Morelos, Fernando enfermó y muchos de los viajes para realizar el trabajo de campo, los hice sola. El triste desenlace de su enfermedad es, sin duda, conocido por todos.

Yo seguí con las investigaciones acerca de la lengua náhuatl, pero no continué el trabajo iniciado por Fernando, sino que me dediqué al estudio puramente dialectológico, con la gran ayuda de Leopoldo Valiñas, alumno de lingüística y ayudante de investigación. ¡Y cómo ayudaba! Iba a los pueblos más lejanos; hacía entrevistas, grabaciones, llenaba largos cuestionarios y volvía siempre contento con ganas de seguir yendo a otros sitios y de aprender más.

A veces íbamos juntos a visitar los sitios. Recuerdo Ixtacamaxtitlan, casi en la sierra de Puebla. Viajábamos en jeep, con gran prisa, dividiéndonos el cuestionario para ahorrar tiempo, antes de que se soltara un aguacero y nos quedáramos atascados en el lodo. El jeep me hace recordar otros momentos. Recuerdo que cuando Fernando todavía estaba bien, fuimos a un sitio remoto del Estado de México, muy al oeste. En el palacio municipal nos dijeron: ¡Imposible

que vayan solos! ¡Tienen que ir con un policía! Aceptamos, y fuimos con el policía en el jeep. El camino estaba tan malo que tanto el policía como Fernando se tenían que cuidar la cabeza para no darse topes contra el techo. Polo iba adelante conmigo, ayudándome a esquivar baches y piedras. Llegamos al pueblo donde las casas eran redondas con techos de paja y los habitantes, los pocos que vimos, parecían mudos. Nadie quiso decir una palabra en su lengua. Nuestra frustración no tenía límites. Lo más importante era saber si los absolutivos tenían *-tl* o no. Al fin conseguí que un hombre, a regañadientes, me dijera la palabra para agua: *al*, dijo, pero eso fue todo. Desandamos lo andado sin ningún otro resultado.

Así fueron pasando los años. Jaime nos dijo que había logrado que nos construyeran un edificio especial para el instituto, con lugar para una biblioteca inmensa (ahora ya tampoco caben los libros), para laboratorios, amplios cubículos, auditorio, jardines.

Cuando llegamos a nuestro nuevo edificio, por los jardines se veían correr muchas ardillas; después se murieron por el veneno contra las ratas. Ahora, afortunadamente, ya han nacido muchas, pero si se siguen construyendo edificios, ya no va a haber ni siquiera pájaros.

Pero volviendo a los recuerdos, debo hablar de un extraño personaje, ya fallecido (más bien asesinado), que nos proporcionó grandes ratos de placer: el tlacuache. Vivía entre las rocas en el jardín central y se alimentaba, entre otras cosas, de la carne cruda que Polo le compraba. Entiendo que tuvo tlacuachitos, por lo que debe haber sido una señora tlacuacha, aunque yo no conocí a su familia.